

EL TAMBORIL.



Si, el tamboril; esa caja cilíndrica de madera, cerrada por dos membranas orgánicas que son golpeadas por un palillo. El tamboril, que es una institucion en las Provincias Bascongadas, que forma la salsa de sus juegos, el encanto de sus romerías, la alegría de sus tardes de días festivos bajo los castaños.

¿Sabeis quién echa verdaderamente de ménos el tamboril? Pues no son esos bascos que viven sobre el suelo en que nacieron; son los otros bascos, los que un día dejaron los acantilados de la costa Cantábrica, y navegaron hácia el sitio por donde el sol se pone.

En los umbrosos cafetales cubanos, en las interminables Pampas argentinas, léjos, muy léjos de Euskal-erria, en Montevideo, en Buenos-Aires, en toda la América del Sur—porqué toda ella llevan los euskaros su génio activo y su sangre generosa—veréis los hijos de Basconia que se acuerdan del tamboril.

Una tarde—era la última de la romería—estábamos bailando el *auresku* en la campa. Desde allí se dominaba el Cantábrico, que tantos bascos se ha tragado; los montes; la ría, á la que iban volviendo las traineras una tras otra, como gaviotas cansadas; la bruma azulada que bajaba desde los picos y cubria la hondonada del valle en que está aquel blanco campo-santo.... ¿Te acuerdas?... Donde reposa el niño rubio, esperanza nuestra de un año, tristeza de muchos años despues de aquel día lluvioso en que lo llevaron á enterrar.... Entónces eras tu mi novia. ¡Qué hermosa estabas con tus negrisimas trenzas sacudiendo tu espalda, con aquellos rosados colores de la juventud en el rostro! ¡Qué graciosamente se movía tu cuerpo de veinte años al compás vivo y alegre del *arriñ arriñ*, mientras yo buscaba á mi madre entre las viejas, como para decirla con los ojos:

—Mira, vieja mía, mira la que será madre de tus nietos!

Y esto, que repite á menudo el basco en la solitaria choza de las Pampas, acude á su memoria acompañado indefectiblemente del golpeo del tamboril y las agudas notas de la gaita. Y este instrumento, tan sencillo en construccion como en armonías, ha sido el compañero

de muchos días de ventura, de lejanos momentos de placer.... ¿Por qué se recuerdan tan intensamente las pérdidas alegrías, más, mucho más que los pasados dolores? La alegría, como el dolor, dejan huella y sin embargo, por una inexplicable condición del hombre, el placer se recuerda, el dolor pocas veces.

Para el basco que vive lejos de la patria, todo tiene valor. El tamboril le anunciaba todas las mañanas el baile de la tarde. El sol entraba por la rendija de la ventana, curioseaba por la oscura alcoba, y desde el punto de entrada hasta el suelo, formaba una raya estrecha é impalpable de polvo de oro. Parecía que un gnomo del baile forzaba la ventana y saltaba alegre y atrevido bajando por el rayo luminoso como para decir al dormido mozo:

—¡Vamos, que es tarde!

Y el mozo despertaba sacudiendo la pereza, y oía al tamborilero que pasaba por bajo de la ventana golpeando alegremente el parche con el palillo, y soplando en la gaita un pasa-calle sencillo y primitivo,

Es de rigor el arreglo exquisito de la persona. En la campa estarán las muchachas, el médico, el cura, el alcalde, el boticario, y lo que es más interesante, la novia. Hay que ir con la boina limpia, hasta el punto de que ofenda á la vista el color encarnado vivo de que está teñida; limpios los calzones de pana parda, y limpia y planchada la chaqueta de algodón rayada de azul.

Todos los bascos que lean esto, saben lo que pasa luego. A las cuatro, cuando el sol va perdiendo su fuerza, van llegando á la campa los jóvenes, impacientes por empezar el baile, y más tarde, los viejos con el señor alcalde, que clava la vara en el suelo y allí la deja representando á la autoridad.

El tamborilero asoma por bajo de los nocedales tocando el pasa-calle, llega á la campa y termina la tocata con una nota prolongada, empezando la fiesta con el tradicional *aurresku*, que bailan con verdadera igualdad el que gasta chaqueta y el que viste levita, sin que la fiesta se interrumpa por altercados ni disputas.

Y la ría va bajando sus aguas hácia el mar, mirando al pasar aquel cuadro, y el sol toca la cima de Amezuri pesaroso de dejar aquello, mientras sigue sonando el tamboril bajo la arboleda y van llegando del valle las sombras, y con las sombras el descanso....

CHOMIN ALGORTA .

